

La Bruja y los Gatos



KRUGOS

LA BRUJA Y LOS GATOS
por
Krugos

—¿Qué se hace con las brujas cuando las pescas? —preguntó Maximiliano al tiempo que se rascaba la cabeza.

Ninguno de los presentes lo sabía. Habían enviado a un mensajero en busca de algún representante de la iglesia del pueblo vecino (las prisioneras habían asesinado a los párrocos locales), sin embargo, temían tener que esperarse con los brazos cruzados hasta que arribara la comitiva. La cuestión con la brujería era que involucraba al diablo, a diferencia de otras formas de hechicería, y esto ponía a todos nerviosos.

—Yo creo que las queman —dijo Francisco, el herrero.

—Y yo creo que las echan al río a ver si flotan —dijo Roberto, mostrando luego una sonrisa a la que le faltaban varios dientes.

A Maximiliano le parecía peligroso intentar acabar con la vida de las brujas mediante el uso de cualquiera de los cuatro elementos, creía que éstos poseían algo de magia negra, y le atemorizaba pensar que el diablo podía terminar por volver el fuego y el agua en contra de él y sus conciudadanos.

—¡Mejor las ahorcamos! —dijo, sintiéndose más seguro con su propuesta.

—¿Y si eso no las mata? —preguntó Roberto.

—Pues que se queden colgando en el calabozo hasta que vuelva nuestro mensajero con alguien que sepa qué hacer con ellas.

Corría el desafortunado año de 1666, el mismo que viera morir a la reina de Francia, caer el campanario de la iglesia de San Pedro en Riga y arder la ciudad de Londres. Entre en las colonias del Nuevo Mundo había una isla remota que tenía un pequeño poblado donde estos eventos se desconocían, y donde la moda de cazar brujas había llegado con décadas de retraso. Ahora que tenían cuatro brujas en sus manos, no estaba claro cuál era el correcto proceder; nunca antes habían encontrado un problema parecido.

Tras torturar a las mujeres, cosa que en el pueblo sabían hacer muy bien, consiguieron que tres de ellas confesaran haber cometido el crimen siguiendo las instrucciones de la vieja Úrsula; ésta última no dijo nada ni para incriminarse ni para defenderse.

—¿Cómo iba yo a saber que esa vieja era una bruja? —dijo Ana.

—No sé nada de ningún diablo. Si ayudé en algo, fue por el dinero —dijo Rosamunda.

—Yo sólo iba de paso, ni siquiera conozco a las otras acusadas —dijo Concepción.

Era difícil creerles. Lo más sensato era deducir que las cuatro eran brujas y que Úrsula era la cabecilla del grupo. Las colgarían a todas, por si acaso. A fin de cuentas, nada valioso se perdería con sus muertes: Úrsula era una anciana antipática que no tenía familia. Ana era una buscapleitos

que reñía con todo el mundo. Rosamunda era una mujerzuela de mala reputación. Y nadie sabía de dónde había salido Concepción, ni qué pecados traía consigo.

En poco tiempo, lograron construir el cadalso adentro de una celda. Si las brujas sobrevivían el castigo, quedarían atrapadas tras los barrotes. Por precaución, pensaban dejarlas allí hasta que volviera el mensajero, indiferentemente de la presencia o ausencia de signos vitales después de la ejecución.

Condujeron a las mujeres a la celda y las obligaron a pararse en fila, allí les leyeron sus cargos y le pusieron la soga al cuello. El herrero, que también hacía de verdugo en sus ratos libres, accionó el mecanismo y las mujeres quedaron colgadas. Todas se retorcieron por un minuto o dos, con la excepción de Ana, la única a la que se le rompió el cuello en seco y tuvo un final rápido. Al quedarse todas quietas, parecían estar muertas.

Los hombres creían que ya todo había acabado, pero fueron sorprendidos cuando el cuerpo de Úrsula comenzó a burbujear y a quebrarse en trozos humeantes que al precipitarse fueron adoptando la forma de gatos negros: ¡dos docenas en total! Los animales, maullando y bufando, corrieron y saltaron en todas las direcciones, y escaparon por entre los barrotes. Se procedió a perseguirles por toda la prisión y fue posible juntar veintitrés gatos. Uno faltaba.

Los captores se preguntaron si sería buena idea ahorcar a los gatos, pero como eso no había funcionado con Úrsula, era muy probable que tampoco funcionaría con los animales en los que se había transformado ella. Tras discutirlo, optaron por decapitarlos.

Mientras tanto habían dejado los cuerpos de las otras mujeres muy bien vigilados. Ninguno se transformó en gato ni en ningún otro animal. Quizás sí eran inocentes de brujería después de todo, pero como seguían siendo culpables de asesinato, todos pensaron que estaba bien haberlas colgado.

Uno por uno le fueron pasando los gatos al herrero, quien los decapitó con un hacha bien afilada y los fue arrojando en un montón en la esquina. Cuando terminó con el último, a todos les pareció que había movimiento entre el tropel de cuerpecillos decapitados. ¡Estaban en lo cierto! No sólo se movían los cadáveres, sino que se estaban transformando en millares de pulgas, como si se desboronasen en migajas salarinas. Los hombres trataron de pisarlas, pero era imposible detenerlas a todas de esta manera. Las pulgas brincaron por todas partes, mordiendo e infectando a todos los presentes. La picadura de las pulgas los fue dejando uno por uno hipnotizados, primero a los captores y luego a los demás habitantes del pueblo. Hombres, mujeres, ancianos y niños permanecían de pie, en un trance, habiendo perdido la capacidad de pensar por cuenta propia.

El gato que faltaba salió de las sombras y todas las pulgas volvieron a él. Cubrieron por completo al animal y juntaron un montículo informe que fue irguiéndose en arranques espasmódicos, adoptando una silueta humana hasta quedar convertido en un cuerpo hecho de pulgas con cabeza de gato. Luego todos los animales se fundieron y de esta mezcla humeante brotó el cuerpo desnudo de la vieja Úrsula. Con una mirada perspicaz, y las pupilas de sus ojos verticalmente alargadas, como las de los gatos, la bruja miró a su alrededor y empezó a reír con profunda maldad.

El mensajero regresó al pueblo pocos días después junto a un comité enviado para hacerse cargo del asunto de las brujas. Encontraron las calles y casas vacías. Al cabo de una extensa búsqueda, hallaron a todas las personas desaparecidas: estaban ahorcadas en las ramas de un gran número de árboles en un bosquecillo a orillas del río.